



Pedro de Urdemalas

1337

Por Luis Sánchez Latorre



Hasta las personas más ignorantes —que las hoy!— han oido hablar alguna vez de Don Quijote y Sancho Panza, los cuales, según bien se sabe, no existieron nunca. Este conocimiento tan difundido de personas inexistentes permite comprobar que la ficción en las sociedades humanas corre mejor destino que la realidad más tangible y severa.

De ahí el éxito renovado del rumor. Don Quijote y Sancho Panza fueron rumores que echó a volar un ex soldado y alcabalero español, que decía sentirse orgulloso de ser "criado del conde de Lemos", con el fin de escapar en sueños de las penurias de una prisión estrecha y maloliente a la que había sido confinado por irregularidades en el ejercicio de su cargo de recaudador de impuestos.

Los rumores en torno a la presencia de Don Quijote y Sancho Panza cobraron, dando los años, un carácter de veracidad histórica tal que ni los más prolíficos estudiosos del autor de marras, esto es, los llamados "cervantistas", proliferando como la male hierba, han conseguido deshacer.

Los "cervantistas" se empeñan en considerar "figuras literarias" a los mencionados Quijote y Sancho Panza. Las gentes humildes e ignoradas, que forman la gran levadura de los pueblos cultos, se obstinan, en cambio, en dárles con el macha del hacha. Sin ser excéntricas o ilusas, estas gentes menesterosas de realidad suntuaria han incorporado al acervo de su historia los caracteres capitales de esos dos tipos descritos por Cervantes.

Recuerdo que era yo muy niño cuando unos muchachos de la vecindad, el Manuel

Rojas y el Juan Zorrilla, me vinieron por primera vez con el cuento de Don Quijote y Sancho Panza. Naturalmente, no habían leído jamás a Cervantes, al que ni siquiera aludian. Pero, con todo, se conocían al dedillo algunas de las páginas más celebradas del libro famoso. Cervantistas por generación espontánea, cervantistas sin Cervantes, Manuel Rojas y Juan Zorrilla, ellos mismos dos personajes de la novela picaresca, contaban también episodios casi inverosímiles de un "Pedro Urdemalas", cuya originalidad provenía, obviamente, del Pedro de Urdemalas de don Miguel de Cervantes. Con el fin de no achicarse ante la fisonomía moral de su personaje, los narradores a que me refiero solicitaban el pago previo de unas monedas de vellón por la promesa de su cuento. Eso sí, cumplían. Nunca faltaban a la palabra empeñada.

No obstante ser aquellos tiempos de crisis (comenzaba en medio de un mar de rumores el segundo gobierno de don Arturo Alessandri), la palabra empeñada era lo único digno y honroso que le quedaba a un pueblo que había perdido todo con motivo de la catástrofe económica mundial y la caída brusca de las exportaciones de nitrato. Como ha evocado recientemente Lafourcade, palabra de hombre decíamos para demostrar desde pequeños la formalidad institucional de nuestros actos. En efecto, otra educación, otra crianza. Ahora hay quienes no sólo se permiten omitir el cumplimiento de la palabra empeñada; también se atreven a negar la realidad aplastante de las mentiras de Pedro de Urdemalas.

Pedro de Urdemalas [artículo] Luis Sánchez Latorre.

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pedro de Urdemalas [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)